



ANDRÉS REGALSKY Y MARCELO ROUGIER [Coordinadores], *1891-2022. Historia del Banco Nación de la República Argentina y su papel en la promoción del desarrollo*, Buenos Aires, Banco de la Nación Argentina, 2023, 341 páginas.

El nuevo libro sobre la historia del Banco de la Nación de Argentina (BNA) permite poner de relieve tanto los 131 años de historia de una de las instituciones más emblemáticas del país como las relaciones entre finanzas y política en diferentes coyunturas. Como dice el historiador Carlos Marichal en el Prólogo de la obra, desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad los bancos públicos cumplen un rol central en los países en desarrollo, tanto en funciones económicas como sociales allí donde la banca privada deviene ineficiente. Luego, Regalsky y Rougier rescatan, en la Introducción al libro, que el BNA constituye un

caso ejemplar de la banca pública actuando como agente económico en diferentes emprendimientos productivos y sociales como en la generación de capacidades estatales. A continuación, repasamos los principales nudos analíticos de los ocho capítulos que componen el libro.

En el primer capítulo, Daniel Moyano analiza el contexto económico de la creación del BNA entre 1880 y 1913. En el marco de la inserción del país al sistema económico mundial bajo la división internacional que impuso el modelo agroexportador, se ingresó en un periodo de recepción de inmigrantes,

atracción de capitales externos, aumento de la infraestructura y la producción de materias primas en el mercado mundial. En términos monetarios, en aquellos años se unificó el circulante creando la moneda nacional y se instauró un patrón de tipo de cambio fijo. En este cuadro de construcción del Estado nacional, destacó el papel del Banco de la Provincia de Buenos Aires (BAPRO) que se constituyó como una sociedad mixta de capitales privados y públicos. Fue luego de la crisis bancaria de 1891 derivada de los efectos financieros de la Ley de Bancos Garantidos que se creó el BNA. Este nació como una sociedad anónima en manos de accionistas particulares, aunque en un contexto de prohibición de emitir billetes (facultad que quedaba supeditada a la Caja de Conversión). Como destaca Moyano, el BNA debió iniciar funciones en tiempos de desconfianza en el sistema financiero y de política crediticia conservadora y austera que se contrariaba con la expansión agroganadera.

Andrés Regalsky aborda el papel del BNA en el periodo enmarcado entre 1914-1935. Como sostiene el autor, los tiempos tormentosos definidos por la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa, la inestable predominancia mundial de los EE.UU., entre otros factores, afectaron el desarrollo del comercio multilateral y, por tanto, las bases del modelo agroexportador. De esta manera, sostiene el autor, en estos años el BNA mantuvo una solidez

institucional destacable, aumentando los depósitos y préstamos en la plaza al contrario de la conducta que tenía la banca privada. Así, mientras la crisis se hizo inminente, el BNA cumplió un rol de agente estabilizador del sistema con una política de redescuentos que evitó la emisión monetaria. Además, como destaca Regalsky, destacó el financiamiento del BNA a los productos agropecuarios de la región pampeana y azucarera del noroeste. Por último, cabe destacar la coyuntura especialmente crítica que llegó con la crisis de 1929, donde el BNA debió afrontar una cartera de grandes deudores en mora; a lo que respondió reforzando su papel contracíclico. Así, la drástica reducción de las tasas de interés e inyección de liquidez lo posicionaron como una institución heterodoxa en gobiernos conservadores de perfil ortodoxo.

En el capítulo tres, Noemí M. Girbal Blacha examina el periodo transcurrido entre 1935-1946. Así, da cuenta de que el BNA inició, en el marco de un mundo en crisis, un aumento significativo de sus operaciones según observa la oferta crediticia, la expansión edilicia y orgánica a nivel nacional. Secundado por la creación del BCRA (1935), los depósitos de la institución crecieron a un nivel inédito y se abrió la primera agencia en el exterior, en Asunción. Además, en el contexto de la crisis mundial, el BNA aplicó una política de crédito rural e hipotecario para afrontar la baja de los precios de cereales como de activos inmuebles

e –como destaca la autora– inmediatamente se extendió a localidades algodoneras, yerbateras, maiceras, trigueras y ganaderas. Por ejemplo, el sector de yerba mate multiplicó por cuatro veces los recursos recibidos entre 1936-1940, mientras que en el mismo periodo el sector agrario los triplicó. La institución mostraba, de esta manera, una intensa política contra cíclica para asistir a pequeños productores y cooperativas rurales.

En el siguiente capítulo Rougier trata el rol del BNA en la etapa del peronismo (1946-1955), particularmente en el marco de la reforma financiera que practicó una amplia nacionalización del sistema bancario, una política financiera dirigida a la expansión de los medios de pagos y la producción de bienes y servicios de forma articulada con la política del Estado nacional. En una primera etapa entre 1946 y 1948, el BNA desplegó una significativa acción interventora de la mano de un aumento de los depósitos como consecuencia de la reforma financiera. Así, los préstamos totales del BNA casi se duplicaron, aunque como advierte el autor un 50% correspondían al Instituto para la Promoción y el Intercambio (IAPI). La composición de la cartera de préstamos, por su parte, fue bastante equilibrada entre los grandes sectores de la industria, el comercio y en menor medida el agropecuario, aunque destacó la asistencia a grandes obras públicas. En la segunda parte del gobierno, transcurrida entre 1948-

1955 y signada por la crisis externa (caída de los precios internacionales y del balance de pagos) y un aumento de la inflación, se comenzó a practicar una política económica de sesgo ortodoxo. En este marco, el BNA limitó la asistencia crediticia a los productores de bienes básicos y de consumo interno y priorizó a los de exportables que aportaban divisas. Como señala Rougier, la política crediticia se volcó en beneficio del sector agrario (en, aproximadamente, un 60% del total) y en detrimento del comercio y la industria, además de cierta descentralización respecto a Buenos Aires y la Capital Federal. Todo esto, en un marco de caída de los depósitos y los préstamos totales, especialmente aquellos destinados a obras públicas.

Juan Odisio, en el capítulo cinco, analiza el papel del BNA “durante la última fase de industrialización (1955-1976)”. Esto es, en un periodo de la historia argentina signada por el antiperonismo y, en el cuadro económico, la reversión de su reforma y política-económica financiera. No menos importantes era una coyuntura caracterizada por gobiernos débiles frente al poder militar que, sin embargo, contrastaba con un marco mundial de crecimiento económico conocido como “edad de oro”. Como destaca Odisio, la variación de los préstamos del BNA se desaceleró en la mayor parte de los años respecto de las décadas previas (donde el crédito a entidades oficiales paso del 60% de la cartera al 10%). Fue importante para explicar

este punto la prohibición de otorgar crédito a cualquier nivel jurisdiccional del gobierno. Otro dato relevante remarcado por el autor es que la mayor parte de la cartera crediticia del banco (un 80%) se concentró en crédito a corto plazo o que el principal beneficiario de los préstamos más largos fue el sector agropecuario (44% del total). Sin embargo, también destacó el crecimiento del personal y la expansión de las sucursales en lo largo y ancho del territorio nacional. Si bien el periodo analizado es extenso, se puede concluir –como sostiene Odisio– que el BNA estuvo atravesado por una política monetaria restrictiva dado la problemática de la inflación, el foco en el sector agropecuario y algunos exportadores. No obstante, la preocupación por la asistencia a pequeñas y medianas empresas nacionales llegó a partir de 1970 dado que su participación en el sistema bancario se redujo del 40% de los recursos en 1950 al 20% en 1970.

Diego Rozengardt y Lucas Porcelli examinan el periodo 1976-1991 donde se sucedió la última dictadura militar de 1976, la transición democrática con Raúl Alfonsín y los primeros años de Carlos Menem. Como destacan los autores, se trató de una etapa de cambio estructural del esquema de acumulación de la economía argentina que significó el abandono del modelo de industrialización signado por el estancamiento, el deterioro en los niveles de vida y la creciente inflación. En términos financieros, el

abordaje da cuenta de que existió un retroceso importante en la captación de depósitos y en la concesión de créditos en el BNA. Como destacan los autores del capítulo, el sector agropecuario tuvo una merma importante en la asistencia financiera recibida (para el sector, el crédito cayó del 46% del total al 20% en el periodo) al igual que la industria. El correlato fue el aumento del sector servicios y energético que respondían a las necesidades del sector público (con un aumento del 5% al 35%, aproximadamente). En resumen, en un periodo de apertura financiera y alta colocación de deuda externa la institución se caracterizó por una agresiva política de aperturas de oficinas en el exterior que pasaron de 12 a 21 y que posteriormente sufrieron un estancamiento con la crisis de los años ochenta.

El capítulo siete, abordado por Noemí Brenta, pone el foco en la etapa de convertibilidad y su crisis (1991-2001) transcurrida en un periodo de avance mundial del neoliberalismo y el orden unipolar hegemonizado por EE.UU. En este marco, el sistema financiero argentino se adaptó a la inserción internacional del país al globo, donde destacó la desregulación financiera como el nuevo enfoque independiente del BCRA. A pesar de varios intentos por parte de las autoridades políticas, el BNA no pudo ser privatizado. Sin embargo, en este periodo se avanzó en su eficientización, aumentando la planta temporaria de empleados (de 144 a 1.500), creando más de 100

filiales y haciendo crecer los depósitos de los 4.000.000 millones de pesos a los 14.000.000 millones en el 2000, momento en que comenzaron a caer debido a la crisis. Sin embargo, acorde a tendencia, los depósitos en dólares aumentaron (de 39% a 56%) y en pesos se redujeron (del 61% a 44%). La política crediticia del BNA fue activa, aunque focalizada en las grandes firmas privadas exportadoras (el 72% se dirigió al sector privado). Se mantuvo como la primera entidad del sistema, duplicando sus préstamos a 12.000.000 millones de pesos en el 2000. El 40% del crédito fue al sector agropecuario y siguió siendo, como lo subraya Brenta, una institución central para la estabilidad financiera. Justamente, la economista hace hincapié en que, a pesar de las presiones de la banca extranjera y los organismos multilaterales de crédito para privatizarlo, la institución fue exceptuada por el Congreso Nacional; lo que le permitió seguir cumpliendo un rol relevante en la asistencia crediticia y la política anticíclica.

El último capítulo con el que cierra el libro se encuentra a cargo de Andrea Molinari, Cintia Gasparini y Pablo Mareso. Tratan la actuación del BNA en el periodo definido como de pos convertibilidad (2002-2022). Luego de la gran crisis del 2001 comenzó una etapa de significativos cambios en el sistema financiero como respuesta a la devaluación y el default de la deuda externa. En este marco, el Banco debió restituir préstamos adeudados por el ministerio de

Economía con su aval y afrontar demandas judiciales por incumplir con depósitos programados. Sin embargo, iniciado el periodo de recuperación la institución se dedicó a retomar la actividad crediticia mientras los depósitos crecían. De esta manera, concentró su actividad en la asistencia a los sectores productivos, especialmente en el marco de la crisis financiera mundial de 2007-2008. Así, al menos hasta el 2012, la asistencia al sector privado y público fue creciendo sostenidamente, también involucrándose en diferentes proyectos productivos y sociales. Por ejemplo, el crédito en el segmento viviendas llegó a ocupar más del 50% del total del sistema. Luego, durante el gobierno de Cambiemos (2015-2019), aumentaron los créditos dirigidos a personas en relación de dependencia, especialmente en el segmento hipotecario. Sin embargo, producto de un cambio de enfoque, el balance del BNA se deterioró dado el aumento de la asistencia al gobierno nacional como política oficial y la merma de los recursos a sectores productivos y sociales.

En resumen, estamos ante un libro que abarca un periodo ambicioso de la historia económica y financiera de la Argentina. Y lo hace poniendo el foco en el accionar de uno de los bancos públicos más longevos y significativos de la región. De los diferentes estudios que lo componen, se extraen importantes lecciones para analizar las controversias políticas y económicas del pasado, pero también para discutir a las posturas liberales

extremas, y otras más novedosas asociadas a las extremas derechas, que todavía plantean su privatización. Por caso, deben destacarse su rol como agente de promoción de la política financiera, el papel ejercido en la política contracíclica en periodos de crisis y la asistencia a sectores económicos y sociales en diferentes coyunturas (sequías, déficits de viviendas, alteraciones externas, etc.). Los más de cien años del BNA merecen su puesta en valor reivindicando su papel central en el sistema económico argentino. Particularmente entendiendo que problemas tan acuciantes de la

macroeconomía argentina como la inflación no deben, necesariamente, renunciar al desarrollo.

Ignacio Andrés Rossi

Universidad Nacional de General Sarmiento,
Comisión de Investigaciones Científicas de la
Provincia de Buenos Aires
ignacio.a.rossi@outlook.com

NOTA

La publicación digital se encuentra disponible en [https://www.bna.com.ar/Downloads/Institucional_LibrosHistoricos_LIBRO%20HISTORIA%20BNADIGITAL2023.pdf].